

El estoicismo desde una perspectiva marxista

Este volumen¹ forma un estudio paralelo al publicado por el mismo autor unos meses antes con el título de *Ideología e historia. La formación del cristianismo como fenómeno ideológico*. La aparición por separado de uno y otro libro fue debida, fundamentalmente, al parecer, a razones de orden editorial. En consideración a la densidad del texto y, por otra parte, a la indudable unidad temática de uno y otro, esta separación resulta bien justificada. Sin embargo, la perspectiva metodológica unifica ambos estudios. En el análisis de la formación y constitución del cristianismo y el de la evolución del estoicismo viene a ejemplificarse, con idéntica intención, un mismo enfoque histórico y crítico; se trata de aplicar a uno y a otro sistema ideológico (el carácter religioso o filosófico del mismo no es una diferencia pertinente desde esta perspectiva) el método crítico basado en el *materialismo histórico* para explicarnos sus génesis y evolución.

Utilizando los términos mismos de su autor, diremos que G. Puente propone en este díptico "la *lectura ideológica* (de estos procesos históricos), entendiendo por tal la lectura que tamiza como guía del análisis, la dependencia fundamental de las *formas mentales* respecto de los *intereses de clase* en el contexto de determinadas *relaciones de producción*". Así, pues, los capítulos preliminares de *Ideología e Historia. La formación del cristianismo como fenómeno ideológico* (que, en adelante citaré abreviadamente como *I H. I*) referentes a "el concepto de ideología y su ambigüedad" y a "la estructura y las metamorfosis históricas de las ideologías", deben considerarse como un prólogo programático válido también para este segundo volumen.

Parece oportuno recordar también los propósitos bien definidos del autor: "me propongo trazar esquemáticamente el proceso histórico del estoicismo o del cristianismo desde el punto de vista *ideológico*, para mostrar cómo se producen concretamente las *metamorfosis* funcionales de grandes sistemas mentales que se presentan *aparentemente* como esencialmente *inalterables* durante extensos períodos de tiempo, o simplemente como *imprecedentes* en el contexto de la historia humana. Dichos sistemas sólo mantienen una pretensión *verbal* de *inalterabilidad*, expresada sobre todo en formulaciones retóricas y estereotipadas. Mi análisis del *estoicismo* se propone mostrar su peculiar función ideológica en cada uno de los períodos de su historia en el seno del mundo antiguo, en virtud de una serie de correcciones y ajustes que, aunque respetando la mayor parte de sus intuiciones básicas, imprimieron *realmente* al sistema una orientación sensiblemente diferente". (*I H. I*, p. 76). "En mi exégesis de ambas formaciones ideológicas sólo aspiro a cumplir una función de *mediación* divulgadora y de *síntesis* crítica y personal, vehiculando y ordenando para ello los principales resultados del esfuerzo de importantes investigadores y especialistas de los dominios científicos de que me ocupo" (*I H. I*, p. 10).

Como G. Puente advierte bien claramente, las variaciones acomodaticias del sistema estoico fueron mucho menos acusadas que las inflexiones radicales que el cristianismo experimentó en su asombrosa metamorfosis histórica.² El estudio crítico de las variaciones ideológicas en

1. PUENTE OJEA, Gonzalo, *Ideología e Historia. El fenómeno estoico en la sociedad antigua*, Siglo XXI, Madrid 1974, 239 pp.

2. Cf. *I H. I*, p. 76; id. p. 302: "... La *plasticidad ideológica* del cristianismo ha superado la de cualquier otro legado espiritual de la historia. A su lado, el estoicismo ofrece una

figura más bien rígida, con un umbral de matización ideológica relativamente bajo. Pero el alto grado de plasticidad ideológica del cristianismo se debe a su incoherencia básica —enraizada en su doble origen judío y helénico—, enmascarada sólo por el obstinado eclecticismo que la caracteriza".

la tradición filosófica de la Estoa —cuyo grado de deformación ideológica³ y cuya función social alienante distó mucho, a nuestro parecer, de las del cristianismo—, resulta más sencillo y menos brillante que el análisis concienzudo y demoledor de la ideología elaborada por el cristianismo y su organización eclesiástica en su escalada al poder; pero resulta, dentro de ese esquema más sencillo, no menos claro y perspicaz.

El índice de la obra revela ya, claramente, el programa de líneas muy simples sobre las que se traza el estudio. Comprende tres capítulos: I. “La ideología estoica en la crisis de los reinos helenísticos”. II. “La ideología estoica del apogeo romano”, y III. “La ideología estoica en el declive del mundo antiguo”.

Cada uno de estos capítulos se subdivide en un apartado sobre la configuración histórica, otro sobre las bases teóricas del estoicismo en dicho período y un tercero sobre la peculiaridad ideológica de la etapa, subrayando la conexión entre las características propias de la circunstancia histórica y las inflexiones de la teoría filosófica respecto de la herencia recibida.

En el capítulo I esos tres apartados vienen precedidos de otros dos, de carácter general: el primero sobre “Sociedad esclavista e ideología” (pp. 8-31) y el segundo sobre “La evolución ideológica del estoicismo en la sociedad antigua” (pp. 31-37), donde se dibuja brevemente el panorama que ha de ser detallado críticamente en el desarrollo del libro.

Brevemente hay que subrayar la importancia de ese primer apartado sobre “la sociedad esclavista”. Los historiadores marxistas han insistido en la importancia de esa condición básica de la sociedad antigua hasta extremos bien conocidos. El mérito de estas páginas está en atender a la complejidad de las relaciones sociales en la estructura esclavista y a los diversos enfrentamientos de lucha de clases sin clara conciencia de su función real en esta sociedad pre-industrial, donde el antagonismo libre-esclavo se cruza con el de rico-pobre y el de propietario-desposeído, y donde “los movimientos sociales tomaban prestadas *ideologías* que no reflejaban sino muy indirectamente los intereses económicos reales” (p. 20).⁴ Sin ceder a simplificaciones fáciles, no deja de subrayarse aquí que el fundamento esclavista de la sociedad antigua limitaba un horizonte ideológico que ninguno de los pensadores antiguos —no más los estoicos que Aristóteles— logró rebasar. “El estoicismo acepta inequívocamente la nobleza y la esclavitud en cuanto *instituciones sociales*” (p. 28), dice G. Puente con claridad. (Y aunque pudiera, tal vez, hacerse alguna excepción discutible respecto a la prédica revolucionaria de algún estoico heterodoxo, la afirmación general es válida.) Este es un hecho revelador del carácter conservador en política de un sistema filosófico que, paradójicamente, a la vez predicaba la igualdad espiritual de los hombres, sea cual fuere su condición; pero que sólo aconsejaba para mejorar esta situación económica desigual el trato humanitario y la cooperación filantrópica.

El análisis de la evolución del pensamiento estoico en tres etapas coincide con la división tradicional de la Estoa: la Antigua, la Media, y la Nueva, en líneas generales. Ahora bien, mientras esa periodización de la escuela se justifica tradicionalmente por la aparición casual de grandes personalidades que con su impronta propia marcan un nuevo rumbo a la doctrina heredada, en este estudio se justifican tales inflexiones periódicas como variaciones ideológicas que intentan una adecuación a un definido momento histórico. La evolución del pensamiento estoico se conforma en su proceso al ámbito concreto de la historia y de la sociedad en que funciona como ideología. Tres aperturas ideológicas diversas, que pueden resumirse bajo el lema de “*indiferencia evasiva, entrega esperanzada y conformidad resignada*”, caracterizan sucesivamente esa evolución de la Estoa, acorde con los requerimientos de su marco histórico, con el que quiso comprometerse de modo decidido. En atender a esta conexión de la teoría y la sociedad, y a la decisiva actuación del contexto histórico en la orientación de la ideología

3. “El concepto de deformación ideológica según Marx sería, por tanto, el resultado de la síntesis del idealismo y el dogmatismo como características de determinadas formas de conciencia”, como formula M. A. QUINTANILLA, en su artículo: “Sobre el concepto marxista de ideología”, *Sistema*, 7 (1974), p. 47.

4. Sobre esa complejidad insiste J. P. VERNANT con sus inteligentes precisiones en su articulado “la lutte des classes” (1965), recogido ahora en su libro *Mythe et société en Grèce ancienne*, París 1974, pp. 11-29.

estoica radica el mérito fundamental de este estudio. Por eso, como ya anotamos, antes de estudiar las inflexiones teóricas de una etapa, se esquematizan los rasgos históricos y económicos básicos del período. Esa proyección de los determinantes históricos en la consideración de las nuevas orientaciones filosóficas aporta una iluminación precisa y nos hace comprender mejor las motivaciones de las mismas, que de otro modo se presentan como azarosas e imprevisibles. Desde ese punto de vista tiene razón el autor al criticar a M. Pohlenz (p. 34), a V. Goldschmidt (pp. 232-233) y a A. Bodson (p. 236) sobre su libro *La morale sociale des derniers stoiciens*, París 1967.

G. Puente subraya bien las inflexiones fundamentales de la primera etapa: la creación de una ideología universalista (la definición del hombre como *zōon koinonikón*, en lugar de *politikón* es uno de los rasgos sintomáticos del momento), el rechazo de la herencia cínica en lo que tenía de anárquica ("se abandona la conducta agónica y la resistencia militante del voluntarismo cínico, y se inicia una forma de *apátheia* que consiste en asumir la realidad distanciándose de ella", p. 84), y el papel ambiguo en que se nos presenta el horizonte utópico de esa cosmópolis ideal (utopía que irá hipertrofiándose desde su formulación en Zenón, sobre pautas cínicas). Con su teoría del universo como un sistema total en el que el individuo se encuentra integrado, y de la naturaleza como Razón y Providencia, el estoicismo se ofrecía como ideología justificadora de cualquier régimen político y, a diferencia del epicureísmo,⁵ se prestaba a una utilización propagandística. "Como ideología de evasión, la doctrina estoica original... presenta una orientación final *conservadora* en el marco de una retórica social filantrópica, brindando a los poderes dominantes, sin proponérselo, y por vía de paradójica consecuencia, un eficaz enmascaramiento de sus intereses en un mundo donde

5. La bibliografía sobre el estoicismo ha aumentado notablemente en los últimos años, después de una época de postergación, debida en gran parte a un moderno aburrimiento ante la retórica moralizante y ante las grandes frases del estoicismo de pose heroica, con su sobrecarga de "moralina", hechura del período tardío de la escuela. En estos últimos estudios se han subrayado los avances científicos de la escuela. Así, en el libro de B. MATES sobre la lógica estoica (Berkeley 1953), en el de S. SAMBURSKY sobre la física (Londres 1959) y G. WATSON sobre su teoría del conocimiento (Belfast 1966). El excelente estudio de V. GOLDSCHMIDT sobre "el sistema estoico y la idea de tiempo" ha sido objeto de una reedición (París 1969).

Hay también algunos importantes artículos sobre problemas específicos del pensamiento estoico. Los mejores están recopilados en el vol. col. ed. por A. A. LONG: *Problems in Stoicism*, Londres 1971. Sobre el desarrollo de algún tema en la teoría estoica podríamos recordar, entre los últimos, los libros de R. HOVEN, *Stoïcisme at sotoïcens face au problème de L'au-dela*, París 1971, y el de A. J. VOELKE, *L'idée de volonté dans le stoïcisme*, París 1973, además del libro de DOBSON, ya citado. Por lo que respecta al libro de E. BEVAN, *Stoics and sceptics* que G. PUENTE cita por la edición de 1959, se trata de un estudio ya antiguo (la 1.ª ed. es de 1913).

En cuanto a perspectivas generales sobre el movimiento estoico, la abundancia de estudios

es menor, y, aunque en muchos puntos concretos sus tratamientos han sido corregidos y superados, puede decirse que el trabajo de Pohlenz está irremplazado como obra de conjunto. En este terreno podemos citar el breve libro de L. EDELSTEIN, *The Meaning of stoicism*, Cambridge, Mass. 1966 (en realidad escrito en 1956 y publicado póstumo con escasas notas), el excelente y sugestivo de J. M. RIST, *Stoic Philosophy*, Cambridge 1969 (que, con claridad y precisa crítica y bibliografía, trata de los temas centrales de la escuela, sin ordenación cronológica) y el sintético estudio de A. A. LONG en su reciente *Hellenistic Philosophy* (sobre el estoicismo, pp. 107-209), y, más recientemente, el libro de F. H. SANDBACH, *The Stoics*, Londres 1975. Publicación reciente, la obra del P. ELORDUY (en colaboración con J. PÉREZ ALONSO), *El estoicismo*, 2 vols., Madrid, Gredos, 1972. Es, sin comparación, el estudio más amplio en castellano (PUENTE OJEA lo cita, pero no ha podido utilizarlo por haber aparecido cuando ya había escrito el presente trabajo). El trabajo del P. ELORDUY es el resultado de muchos años de estudios arduos sobre el tema, y es original en algunos puntos; pero su aspecto crítico filosófico y su visión histórica, así como su estilo expositivo, son, en mi opinión, poco actuales, insistiendo en ciertos aspectos criticables ya en M. POHLENZ. La perspectiva histórica de PUENTE OJEA es, confrontada con esa última bibliografía especializada, de una notable originalidad.

la acción propagandística, quizá por primera vez en la historia, constituyó un ingrediente sistemático del ejercicio del poder político" (pp. 106-107).⁶

La doctrina estoica no deja de ser sorprendente: éste es el mejor de los mundos y todos los males son necesarios. La defensa del sabio es la apatía, la renuncia a la acción, la evasión de la perturbadora política. Pero es fácil pasar de ahí a una cierta aprobación, a considerar la vida como un juego en el que hay que jugar (aceptando las normas dadas y la ordenación dada como inmutable). Irónicamente, hay que aceptar el mundo, distanciándose de él.

Desde la perspectiva crítica del materialismo histórico resulta claro que "las sucesivas ideologías estoicas —como también, después, la ideología cristiana que había de reemplazarla, al tiempo que las asimilaba profundamente— enmascaraban esa contradicción fundamental, convirtiendo así su retórica idealista, de manera inevitable, en un firme soporte de un orden socio-económico que las desmentía a radice" (p. 133).

La etapa del estoicismo grecorromano, coincidente con el apogeo de la Roma republicana, es muy significativa en cuanto a esa potencialidad de la filosofía estoica como base ideológica. El nuevo poder reclama una ideología a su servicio (es decir, al de las clases dominantes), y la aristocracia romana encuentra en el estoicismo una ideología "de compromiso radical" al servicio de sus intereses. Grandes figuras, como Panecio (ligado al círculo escipiónico) y Posidonio, transforman la ideología de evasión en una ideología de aceptación y compromiso. La teoría de los deberes se recarga de contenido político y el cosmopolitismo de orígenes cínicos sirve de pauta para la entronización de Roma como poder de alcance universal. (El historiador Polibio recoge estas ideas patrocinadas por el círculo escipiónico, y avaladas por Panecio.)

En cierta medida, la figura de Posidonio⁷ con su extraordinaria y compleja personalidad, como gran científico y, a la vez, como inquieto pensador religioso, excede de las características del período y anuncia el rumbo futuro del estoicismo, con su derivación hacia tonos religiosos. Es decir, Posidonio va más allá de la colaboración política justificada por Panecio, y orienta el filosofar en un sentido aparentemente menos comprometido. "La coloración religiosa de esta alienación del hombre introduce el momento diferencial respecto del sobrio racionalismo de los fundadores del estoicismo" (p. 147).

Ese matiz religioso de la filosofía es característica general del período final del estoicismo en el declive del mundo antiguo. Para una sociedad cansada, decepcionada y desengañada, sin ilusiones ni creencias firmes, el estoicismo resultó una forma de sustituto religioso. Por una parte, sigue operando en cuanto ideología conservadora, con sus lemas de conformismo social, por otra parte ofrece una moral y una personal base ética en el desmoronamiento de todos los valores. "Resignación" es el mejor lema para caracterizar el talante vital de un Epicteto o un Marco Aurelio, mientras que Séneca revela en su personalidad equívoca toda la ambigüedad de esta ideología, como retórica de tiempos de crisis. "Los estoicos de la época imperial postulan una moral de la intención, incoada ya por los fundadores, pero dibujada ahora con trazos indelebles. El énfasis en la intención es sintomático de una frustración incurable ante un sistema social y político represivo del que no es posible ni lícito evadirse" (p. 206).⁸ G. Puente ha señalado, siguiendo a M. Weber y Rostovtref en el apartado histórico previo, cómo el Imperio Romano había decaído económica y políticamente, al modo de un gigante degradado y esclerótico, amenazado desde el exterior por los bárbaros y en el interior por la pauperización progresiva y por la ruina institucional, y esto se refleja

6. Cf., por ejemplo, p. 106, nota 153. En el libro de C. G. GUAL y E. ACOSTA, *La génesis de una moral utilitaria. Ética de Epicuro*, Barral Ed., Barcelona 1974, se ha insistido en ese carácter apolítico y evasivo del epicureísmo.

7. Sobre la originalidad de Posidonio insistió ya K. REINHARDT. Ahora el libro más cauto de M. LAFFRANQUE, *Poseidonios de Apamée*, París 1964, ofrece una visión bastante comprensiva. Los estudiosos modernos, como el recién citado, así como L. EDELSTEIN, que ha

hecho la última edición filológica de los fragmentos de Posidonio, y R. HOVEN (*op. cit.* en nota 4, pp. 94-102) tienden a reducir esa tendencia hacia lo místico o lo trascendente en su filosofía.

8. Algunas observaciones de PUENTE OJEA tienen, como ésta, un valor muy general. Piénsese en la influencia de esta doctrina ética de la "buena intención", que llega hasta la moral de Kant.

en "el hastío espiritual y la conciencia de la propia degradación". Éste es el marco de los últimos estoicos, en los cuales ha desaparecido —sintómicamente— el horizonte utópico de la ideología. Y esto está más claro en el emperador Marco Aurelio que en el esclavo Epicteto. Marco Aurelio, que a seis siglos de distancia pudo encarnar el ideal platónico del rey filósofo, rechazó de plano el pensamiento de la utopía platónica. Su resignación revela una desilusión total en la *praxis* para mejorar el mundo, como si una radical impotencia le dominara, a él, al emperador mismo. La vida, para él, es "imaginación" (*Medit.* IV, 3); la historia un efímero juego de marionetas (*id.* VII, 3), y "nuestros sucesores no verán nada nuevo" (XI, 1).

Con esta pérdida del horizonte utópico se cumple la evolución de la ideología estoica, cuyo *conformismo* político y social, como gran parte de sus ideales éticos, será absorbido por el cristianismo. G. Puente no insiste en el aspecto dramático que ese final del estoicismo, racionalismo desilusionado, ofrece en la pugna con el misticismo de los nuevos cultos, utópicos y más populares, con una propaganda más seductora en esa "época de ansiedad",⁹ en cuyos umbrales vive Marco Aurelio. El estoicismo es todavía en el siglo II una filosofía de resistencia ante el irracionalismo religioso; en el siguiente son ideologías más místicas, como el neoplatonismo y el cristianismo las que lo reemplazan, con el atractivo de promesas trascendentales a las que el estoicismo siempre se negó.

Creemos que es certera la observación sobre el carácter "elitista" que tuvo en general el estoicismo. Como Puente subraya, fue una ideología de las clases altas. ("Séneca era un director espiritual de las clases altas del Imperio, es decir, de los favoritos de la fortuna cuya vida de placeres engendraba vacío espiritual y sentimientos de culpa", dice, con frase muy plástica, en p. 222.) Sin embargo, es más probable que esto sucediera en el ámbito romano, donde la filosofía formaba parte de la buena educación y de la alta cultura, que no en el contexto griego original, en la primera época de la Estoa Antigua y aun en la Estoa Media.

Por otra parte, este rasgo no es distintivo de esta escuela, sino de la mayoría de sectas filosóficas griegas, con la excepción elocuente del cinismo. También los epicúreos romanos pertenecían a la buena sociedad (los griegos, no), por más que el epicureísmo no tuviera nunca la respetabilidad de los estoicos. En mi opinión la antítesis entre el sabio y los muchos (*sophós/polloí*) no otorga un sello original al estoicismo, como se dice en p. 91. Los estoicos recogieron con nuevo énfasis esta contraposición, que está ya en el pensamiento de Parménides (y de Pitágoras y Heráclito) y que sustenta también Sócrates y la escuela platónica. En general los filósofos griegos fueron de talante aristocrático (aunque no siempre esto tiene relación con fundamentos económicos). Incluso en el mismo Epicuro (que, como los estoicos, admitía a los esclavos en su círculo filosófico con igualdad de trato) subsiste, pese a Farrington, ese aspecto aristocrático del sabio, despreciador de la masa necia.

Aunque el estoicismo pudo actuar en algún momento (por ejemplo, con Bloisio de Cumas, como inspirador de los Gracos y de Aristónico de Rodas) como ideología revolucionaria en una sublevación de los oprimidos socialmente, no fue ésa su vocación histórica. Su ideología tuvo un desarrollo paradójico: desde una evasión hacia una ética interior hasta cooperar en la constitución de la ideología oficial del Imperio, universalista y socialmente conservador, para volver de nuevo a ser una ideología de refugio y resignación en otra crisis tan profunda como la política en que se originó. El presente libro nos revela ese proceso con una síntesis crítica de indiscutible claridad, con una perspectiva metodológica marxista, y con un estilo intelectual excelente, y un lenguaje actual que nuestras repetidas citas habrán sugerido ya al lector. El libro es breve, en comparación con la amplia panorámica ofrecida, pero por esa condición sintética, y por sus precisos apoyos bibliográficos, cumple con precisión su intento programático.

CARLOS GARCÍA GUAL

9. Cf. E. R. Dods, *Pagan and Christian in an Age of Anxiety*, Cambridge 1965. Sobre el enfrentamiento del estoicismo como último bastión del racionalismo filosófico frente a las

nuevas religiones místicas y su derrota escribimos ya al reseñar el libro de POHLENZ (en su trad. italiana, de 1967) en la revista *Eme-rita*, 1969, 2.